



VIVIMOS COMO SUIZOS

ROSA
BELMONTE

EL INVIERNO TOTALITARIO

Hoy somos civilizados en muchas cosas, pero también hemos vuelto a la intolerancia de peores tiempos

ME uno al lugar común de citar a Curzio Malaparte. Pero no por las «Técnicas de golpe de Estado» sino por «Muss. El Gran Imbécil» (Sexto Piso). Cuenta esa historia sobre Mussolini que retrataba las condiciones morales del pueblo italiano que pronto llegarían a Alemania. Mussolini se echó a la calle con un capote y un sombrero. Acabó en un cine, donde era el héroe del No-Do italiano. En cuando el Duce apareció en la pantalla, todo el mundo se puso de pie y a aplaudir. Él se quedó sentado y un tipo que había a su lado le dijo: «Disculpe, señor, yo también pienso como usted, pero es mejor levantarse».

En los campus estadounidenses hay un ambiente parecido. Leo en «The Economist» un espeluznante artículo sobre Reed College, universidad de artes liberales (sea esto lo que sea) de Portland, Oregón. Los blancos no pueden hablar de raza o identidad en clase. Muchos estudiantes dicen que tienen miedo de expresar opiniones contrarias a las que gastan los que están siempre reivindicando cuestiones de raza, género y similares. Hace unas semanas, la universidad invitó a Kimberly Peirce, directora de «Boys Don't Cry», considerada la primera película que hacía un retrato adecuado de una persona transexual. Los protestantes quitaron los carteles que anunciaban el acto y pusieron los su-

yos: «Fuck this cis white». Que le den a esa blanca cisgénero (atención al delito: alguien que se identifica con su sexo de nacimiento). Peirce intentó hablar pero la callaron y acusaron de haberse aprovechado de la violencia contra los trans. Y había puesto de protagonista a Hillary Swank, que no es trans. El decano dijo que aquello no parecía una universidad sino un tribunal.

Me gustaría saber qué pensarían estos ofendidos perennes de los reportajes de Luis Cantero en la España de los 70. Por ejemplo, de «Mariquita por un día» en la Ávila de 1978 (nº 108 de «Interviú»). Apropiación cultural cuando no conocíamos la expresión. Del «hombre espectáculo del periodismo» escribe Juan A. Ríos Carratalá en el interesantísimo «Suelas gastadas. Periodistas y escritores en tiempos de cambio. II República y Transición» (Renacimiento). ¿Y te fijas en Cantero?, me dirán, pudiendo hacerlo en Luisa Carnés. Sí. Es verdad que al principio por las críticas a Juan y Medio. Sólo hay que echar un vistazo a «Ay, qué calor», que presentaba, y a las chicas Chin Chin para darnos cuenta de lo civilizados que somos ahora. Pero también por el retrato de esa Barcelona en la que medraba Cantero y desde la que escandalizaba a España. Además de montar un pollo en el Liceo con Ángel Pavlovsky disfrazado de Mariona Rebull y Colita haciendo las fotos (acabaron huyendo de los señoritos y recibiendo huevos de los anarquistas que esperaban a los burgueses), además, digo, Cantero era capaz de poner un anuncio en la prensa barcelonesa para buscar «una mujer violada», preferiblemente embarazada por la violación. Estaba Lidia Falcón para protestar.

Estos días resulta recomendable leer a Ríos Carratalá: «La Barcelona de aquellos años entre la muerte del general Franco (1975) y la llegada al poder de Jordi Pujol (1980) tuvo rasgos de una primavera libertaria». Añade unas declaraciones del historietista y pintor Nazario a David Barba: «La primavera acabó por completo cuando Jordi Pujol ganó las elecciones catalanas de 1980. El nacionalismo cerró bares, impuso su idea de nación y congeló la vida cultural que se había desarrollado en la Barcelona de los 70». Hoy, en un campus americano y en Cataluña, hay mucha gente callada y sentada al lado del Gran Imbécil.